

¿QUE PASA CON EL M-19?

Plinio Apuleyo Mendoza

Esta entrevista presenta una radiografía esclarecedora del M-19, en momentos en que su participación en el proceso de paz en Colombia se encuentra en críticas condiciones. La manera espontánea, aguda y profunda como aquí se examinan algunos factores humanos y políticos hacen de esta entrevista un documento de mucha importancia para el análisis de los movimientos guerrilleros de América Latina.



DESCENDIENTE EN LINEA DIRECTA de José Acevedo y Gómez, hijo del almirante Juan Antonio Pizarro que en 1958 fue jefe de las Fuerzas Armadas, miembro de una familia conservadora por tradición y devota de Laureano Gómez, Eduardo Pizarro es hermano de Carlos Pizarro, comandante del M-19.

Como su hermano, Eduardo Pizarro tuvo una formación marxista e ingresó en un momento dado al partido comunista colombiano. Fue uno de sus teóricos, responsable de la escuela de masas. Estuvo en la cárcel cuando su hermano dirige uno de los frentes guerrilleros del M-19.

Politólogo de la Universidad de los Andes, de 34 años de edad, hoy adelanta estudios de doctorado en el Instituto de Altos Estudios Políticos de París.

Su amigo Ramiro Lucio, abogado javeriano, de 38 años, fue también miembro del partido comunista, luego fundador de las juventudes de Anapo y posteriormente miembro de la dirección nacional del M-19. Se hizo guerrillero. Cayó preso en Santander. Juzgado, permaneció tres años en la cárcel de Bucaramanga. Al salir, jugó un importante papel como negociador de la amnistía, cargo del cual fue posteriormente destituido por el M-19.

Eduardo Pizarro y Ramiro Lucio expresan hoy una línea de pensamiento que yo definiría como de una izquierda desmistificadora y crítica, capaz de poner en tela de juicio dogmas de la izquierda tradicional y los más recientes que han servido de sustento a la lucha armada.

Antes de ser amigos, nos mirábamos con mutuo recelo. Para mí, eran tipos del M-19 viviendo en París. Para ellos, yo era un diplomático; quizás un renegado. ¿Qué podríamos decirnos? Hablamos. Volvimos a hablar, y ni yo correspondía a sus prejuicios, ni ellos a los míos.

Les pedí la semana pasada que en vez de hablar, como de costumbre, delante de una botella de vino, lo hiciéramos delante de una grabadora, para la Edición Dominical de EL TIEMPO. Ellos saben ahora, como yo, que

esquemas mentales e ideológicos y prejuicios enquistados en la derecha y en la izquierda, en lo alto y en lo bajo de la escala social, amenazan la paz. Todo esfuerzo de lucidez y discusión contribuye a impedir esa polarización que se instala en las ideas y acaba expresándose con armas de fuego.

No era fácil para ellos aceptar mi propuesta, pero aceptaron.

Esta fue, pues, nuestra conversación.

Plinio Mendoza. Ramiro Lucio, tú fuiste miembro de la dirección del M-19. Quizás, mejor que nadie, puedas explicarnos qué está ocurriendo con el M-19 y el proceso de la paz. Tú discutiste con Rodrigo Escobar Navia, entonces Ministro de Gobierno, la ley de amnistía y organizaste una reunión entre Germán Bula, ponente del proyecto, y Jaime Bateman. ¿Era una buena ley para ustedes?

Ramiro Lucio. Era la más amplia ley, la más conveniente y realista que ha podido sacarse en Colombia. Una demostración irrefutable de la buena voluntad y del compromiso del Presidente Betancur para hacer la paz. Ha habido resultados posteriores negativos, pero hay que abonarle ese primer paso al Presidente y al Congreso.

Mendoza. Gracias a esa ley, todos los militantes del M-19 que estaban entonces en la cárcel quedaron libres. Eduardo, entre ellos estaba Carlos Pizarro, tu hermano. ¿Qué hicieron casi todos ellos? Se fueron otra vez para el monte. ¿Le jugaron limpio a la ley?

Pizarro. Mira, una vez que se produjo la salida de los presos, se realizó la famosa reunión de Panamá, en la cual participó Ramiro. Allí el M-19 tomó la decisión de continuar las acciones militares con el argumento de que la amnistía era solo una primera etapa del proceso, etapa que no juzgaban suficiente para garantizar una real apertura política.

Mendoza. No parece muy válido iniciar un proceso de paz volviendo a la guerra. ¿Qué piensas, Ramiro?

Lucio. La amnistía en sí no era suficiente, es cierto. Pero es cierto también que simultáneamente con la ley de amnistía el gobierno se comprometía a poner en marcha una serie de reformas políticas: la carrera administrativa, la reforma electoral, el estatuto de los partidos, el estatuto de la oposición, el estatuto de prensa, tendientes a ampliar el llamado espacio democrático.

Mendoza. ¿Esos diez puntos fueron enunciados por el gobierno antes o después de ser aprobada la ley?

Lucio. Antes.

Mendoza. Si es así, ¿por qué el M-19 decide en Panamá proseguir la acción armada? ¿No podía abrir un compás de espera? ¿No podía proceder como los guerrilleros venezolanos en la década del 60 y dar los pasos para convertirse en un movimiento político legal?

Pizarro. En el caso de Venezuela, se trataba de un movimiento guerrillero derrotado en el plano militar y político. En el caso colombiano, las guerrillas conservaban su capacidad militar, así fuera reducida. Pero al margen de esa explicación, yo creo que en el M-19 no ha habido realmente una voluntad política democrática. Creo que en 1982, por razones que Ramiro conoce mejor que yo, el M-19 no estuvo a la altura del momento.

Mendoza. ¿Qué pasó, Ramiro?

Lucio. Fue en ese momento cuando se produjo mi rompimiento con el M-19. Yo creí entonces, y sigo creyendo en la buena fe del Presidente Betancur para darle al país instituciones democráticas ampliadas. Al mismo tiempo comprendía la desconfianza de mis compañeros, basada en una experiencia histórica. Todas las amnistías en Colombia han sido traicionadas por la clase dirigente, desde José Antonio Galán.

Mendoza. No es del todo cierto. Ahí pisas un estereotipo.

Pizarro. Acuérdate, Ramiro, que la izquierda en Colombia mueve muchos esquemas generales. Es grave trabajar con esquemas generales. Si tú partes de la base: "todas han sido traicionadas", también escamoteas que muchas en el pasado han operado. Guadalupe Salcedo perdió la vida después de amnistiado, es cierto. Pero si se deduce por ese caso que todos los que se acojan a la amnistía van a perder la vida, se configura un círculo vicioso y se autoriza la continuación de la violencia.

Lucio. Solo quería ilustrar que, quizás por esa generalización, existía una desconfianza hacia la amnistía por parte de las fuerzas revolucionarias. Explicable.

Mendoza. Pero no justificable.

Lucio. No justificable. Yo creo que había que darle un margen de confianza al Presidente, en vez de convertirnos en un elemento contestatario de la voluntad presidencial. A esa desconfianza atávica, se sumaron no pocas provocaciones militares.

Mendoza. La desconfianza o las provocaciones no lo explican todo. ¿Qué piensas tú, Eduardo?

Pizarro. Yo creo que en el interior del M-19, como en el interior de otros grupos armados, no se ha renunciado a la guerra revolucionaria como proyecto político, en tanto que la perspectiva de la lucha por las vías democráticas no es concebida como un proyecto real. Prima una concepción militarista sobre una concepción política. En el M-19 es indudable que prima un proyecto de tipo militar.

Lucio. También lo creo así. Inclusive en el congreso posterior a la amnistía sigue vigente este planteamiento. La idea dominante es que el único cambio real, profundo del país, se hace con las armas.

Mendoza. ¿Qué otras fuerzas, en opinión de ustedes han obstaculizado el proceso de la paz?

Pizarro. Este proyecto, que yo considero históricamente tan importante como la revolución en marcha de López Pumarejo, no encontró apoyo real en los dos partidos, que lo ha mirado de manera despectiva. Hubo reticencias en las Fuerzas Armadas, pese a que el general Landazábal, al comienzo, tuvo una actitud favorable a la salida política negociada. Los gremios económicos se opusieron también. En suma, la clase dirigente del país no le marchó al proyecto.

Mendoza. Pero en la opinión pública tuvo mucho eco.

Pizarro. Claro: acuérdate de la pintada de palomas en las calles. Hubo apoyo de la opinión, pero no en los actores de juego político.

Mendoza. ¿No era una situación muy aprovechable por parte del M-19?

Lucio. Eso lo respondo yo. Claro que sí. Nosotros sostuvimos que a Belisario Betancur había que ayudarlo, tanto más que estaba solo, apoyado en una gran opinión sin vértebras políticas. Habríamos podido ser el núcleo político movilizador del proyecto.

Mendoza. Pero Eduardo no cree que fue un error de táctica política, sino una cuestión de principios: simplemente el M-19 no cree en las vías pacíficas. Tal vez Bateman llegó a valorarlas. Pero no sus sucesores.

Lucio. Difiero de Eduardo en este punto. Esta concepción no es común a todos los dirigentes del M-19.

Pizarro. Ni a todas las etapas.

Mendoza. Dígame: ¿El M-19 sabe qué tipo de sociedad quiere? ¿Una sociedad socialista, quizás? ¿Con qué tipo de régimen se identifica: el Vietnam, el de Cuba o Nicaragua?

Pizarro. Yo creo que esa pregunta no la pueden responder ni sus propios dirigentes. En ellos no hay adhesión a los grandes polos del poder socialista, Moscú o Pekín.

Mendoza. ¿Tampoco a La Habana... o Managua?

Pizarro. Maticemos un poco. Las buenas relaciones que mantenga el M-19 como movimiento con La Habana o Managua no limitan una capacidad de reflexión nacional. El M-19, en realidad, refleja la crisis de los modelos políticos de socialismo, sea soviético o chino. Cuando Rosemberg se tomó la embajada dominicana habló de una social-democracia a la austriaca.

Mendoza. ¿No les parece confuso todo eso?

Lucio. Es un reflejo del titubeo de toda la izquierda latinoamericana no ortodoxa. Yo quiero creer —pero no meto la mano en la candela— que el M-19 se casa con un proyecto nacionalista y democrático en el cual las masas tengan un nivel de participación más amplio en las decisiones del poder.

Pizarro. Pero, Ramiro, el problema es que no hay proyectos de ese género con perfil muy definido. El Frente Sandinista de Nicaragua llegó al poder con la idea de propiciar un régimen de economía mixta y políticamente plural. ¿Es hoy así? No creo. El régimen sandinista va hacia la constitución de un partido único con una ideología marxista leninista. El M-19 rompió con la izquierda tradicional, abandonó la jerga marxista, recuperó los símbolos nacionales, se definió como movimiento de corte patriótico y nacional, ha hablado de ampliar el espacio democrático del país, pero no tiene un proyecto político coherente.

Lucio. Estoy de acuerdo en que ese tipo de planteamiento no perfila un proyecto político muy definido.

Mendoza. Es un poco alarmante invitar a un pueblo a tomar las armas sin saber para qué. ¿no les parece?

Pizarro. Yo creo que en el caso del M-19 se refleja algo de lo que Raymond Aron decía respecto de una línea de continuidad entre Maquiavelo y Lenin. La técnica de la toma y conservación del poder es más importante que el proyecto político en sí.

Pizarro. Y con ello no hacen sino proseguir una tradición latinoamericana: el caudillismo, el populismo. Buscan atraer el apoyo de una gran parte de la población manteniendo la ambigüedad de su proyecto.

Mendoza. ¿Pero dónde tiene su origen este dogma de la lucha armada? No puede ser en Cuba. O en Nicaragua. En Cuba y en Nicaragua había un dictador. En Colombia, hay un gobierno democrático, y eso lo cambia todo. ¿Se inspiran, entonces, en los Tupamaros o Montoneros que hoy tanto lamentan haber dinamitado la “democracia formal” y provocado tan terribles dictaduras militares en sus países?

Lucio. En el caso del M-19, el presupuesto teórico se basa en una experiencia: el fraude que según sus fundadores impidió el triunfo de Rojas Pinilla, en 1970. Se dijo entonces: si el pueblo no puede llegar con votos al poder, quedan las armas.

Pizarro. Y luego hubo la experiencia de Chile. Parecía un mito que se pudieran hacer cambios profundos de una sociedad por la vía legal.

Lucio. Y por fin, el caso de Nicaragua fortaleció la tesis de que en Colombia existe una democracia de tipo formal, mentirosa, una especie de dictadura constitucional que sofoca la aparición de nuevas fuerzas políticas. Yo creo que en base a esas restricciones la lucha armada tuvo su razón de ser, pero no la tiene ya.

Pizarro. No estoy de acuerdo contigo. Pienso que la guerrilla en Colombia no tiene ni ha tenido una justificación. La guerra civil en Colombia es impensable. Impensable por la posición geoestratégica del país en el dispositivo de seguridad de América Latina. Es impensable por los costos que tendría una guerra civil: sería una catástrofe nacional que no tuvo Cuba ni ha tenido hasta ahora Nicaragua. La guerra civil no se puede justificar bajo ningún punto de vista como un camino de respuesta a la crisis nacional.

Lucio. Estoy de acuerdo que tendría un carácter catastrófico. Dije simplemente que hubo momentos en que la rígida estructura bipartidista y el recurso permanente al estado de sitio y a legislaciones de excepción desvirtuaron a tal punto nuestras instituciones democráticas, que la injerencia de la lucha armada llegó a ser explicable.

Pizarro. La guerrilla no ha tomado en cuenta una tradición histórica colombiana. Colombia, con Inglaterra y los Estados Unidos son los países con más presidentes electos y más elecciones. Ni siquiera Francia tiene nuestra tradición electoral y parlamentaria. Nosotros tenemos que hacer nuestros análisis a partir de esa realidad histórica. No podemos hacer borrón y cuenta nueva de esas elecciones que vienen desde 1821 y de una, deformada o no, tradición parlamentaria real. Es natural que busquemos ampliar la democracia, a veces tan restringida por el juego bipartidista que ha creado la tentación insurreccional. Pero la lucha armada no crea democracia, ni la amplía, sino que refuerza lo autoritario. Si yo me lanzo a la guerrilla, refuerzo la militarización del sistema político, refuerzo el presupuesto de guerra. Es la dialéctica de la contrafinalidad de que hablaba Marcuse: generar lo contrario de lo que se está buscando.

Mendoza. Los grupos en armas suelen hablar de la miseria de grandes sectores sociales como de un factor insurreccional.

Pizarro. Es otro mito. Creer que la miseria genera conciencia y cultura política es otro mito. Colombia presenta tasas de sindicalización del sector obrero de solo 12 por ciento, cuando en Chile era de 98 por ciento. En el

sector agrario no llega al uno por ciento. La izquierda no llega sino al 2 o 3 por ciento del electorado. Solo 70 mil votos tuvo el partido comunista en las últimas elecciones con la candidatura de Molina. La izquierda parte, pues, de una hipótesis errada. La miseria no se traduce necesariamente en base política de apoyo a la lucha insurreccional.

Mendoza. Los vituperados partidos tradicionales recogen más del 90 por ciento de la opinión nacional que vota.

Lucio. Es cierto, pero en términos de poder no traducen las aspiraciones de esa gran mayoría. Los partidos no producen, no concretan un proyecto de cambio social, ni recogen los retos de la sociedad colombiana. De ahí la importancia de que surja una alternativa distinta.

Pizarro. Es cierto, pero también lo es el que la izquierda no ha sido capaz de diseñar proyectos alternativos. La izquierda tradicional por razones obvias. Tiene un solo esquema para todo el continente. Pero tampoco el M-19. El M-19 ha introducido un nuevo lenguaje y ha influido en los otros grupos en armas. Es su elemento positivo. El negativo, es que ha sido incapaz de ser protagonista del proceso de democratización nacional que él mismo desencadenó. El M-19 le quedó chiquito al país, y es una lástima porque el país lo necesitaba.

Mendoza. ¿Ustedes son pesimistas sobre el futuro de la paz?

Pizarro. Es evidente que el factor tiempo ha reducido el espacio de maniobra del Presidente Betancur. Si por un lado se prosiguen aquí y allá combates y secuestros, los que antes aceptaban de mala gana la paz —clase política, Fuerzas Militares, gremios— ahora salen debajo de la mesa para expresar sus desacuerdos.

Mendoza. ¿Creen ustedes que las FARC actúan de buena fe?

Lucio. Creo que han sido más inteligentes para manejar esta coyuntura que el M-19. Es curioso, el M-19 fue el primero en hablar del diálogo nacional, pero su propuesta la han aprovechado mejor otros grupos armados. Y por culpa de ese mal manejo, muchos personajes influyentes de la vida nacional, muy favorables al diálogo, hoy se muestran renuentes.

Mendoza. Jacobo Arenas y Manuel Marulanda Vélez, en un reportaje que ustedes y yo vimos en París por televisión, hablaron en términos muy belicistas. Hablaron de ofensivas de 40.000 y 100.000 hombres, como si no creyeran mucho en la tregua. Francamente, ¿creen ustedes que juegan limpio o no?

Pizarro. Independientemente de esas ideas preconcebidas que puedan tener hombres como Jacobo Arenas o Marulanda, formados en la lucha armada, lo importante es aprovechar en esta etapa la actitud positiva de las FARC con la creación de la paz. Si son las FARC y el no el M-19 los que crean condiciones objetivas para la democratización de Colombia, hay que sujetarse a esas esperanzas.

Mendoza. ¿Y si el M-19 se queda en el monte?

Lucio. El M-19 no es el ELN. Creo que el proceso es tan irreversible con la constitución de las FARC en partido político, que el M-19 y los otros grupos alzados en armas tendrán que replantear su situación. La elección popular de alcaldes y otros proyectos en marcha van a ampliar —si se cum-

plen— el proceso democrático. Pese a las dificultades actuales, a Betancur le cabe ya un puesto en la historia colombiana. La dinámica de paz que generó no debe subestimarse. Hay mucha histeria en la clase dirigente que impide ver estos factores positivos.

Mendoza. Hay gentes que se inquietan con esta elección de alcaldes.

Pizarro. Cometen un error. Deberían ver la experiencia en Italia con los alcaldes comunistas. Es preferible ver a un dirigente del M-19 preocupado por abrir caminos vecinales o crear una plaza de mercado en un pueblo de Caquetá que pensando en el futuro de la insurrección. Insertar a la izquierda en el sistema político es una manera de civilizarla.

Lucio. Si la oligarquía colombiana fuera menos histérica, entendería que es mejor tener 50 alcaldes comunistas.

Pizarro. (sonriendo). Además ellos no se roban la plata.

Mendoza. Aunque las Fuerzas Armadas no han manifestado públicamente ningún desacuerdo de fondo con la política de paz, no es un misterio para nadie que dudan de la buena fé de los grupos en armas frente al proyecto puesto en marcha por el Presidente Betancur. El M-19, por su parte, y representantes de la izquierda, las responsabilizan de numerosas rupturas de la tregua. ¿Qué piensan ustedes?

Pizarro. Antes de juzgar la posición actual del ejército colombiano valdría la pena señalar algunas de sus características. Primero: es un ejército comprometido en la guerra contrainsurgencia desde el regreso del Batallón Colombia de Corea, con la creación de la primera escuela contrainsurgencia de América Latina en 1955, la escuela de Tolemaida. Es decir, es un ejército en donde dos de cada tres soldados están en zona de orden público. Un coronel que tenga hoy 40 o 45 años ha pasado toda su vida en orden público. Todo esto, es lógico, genera una cierta mentalidad dentro de la oficialidad y dentro de la tropa que no se puede desconocer. Es un ejército que no está ubicado en las fronteras. No hay brigada en Cúcuta, ni en Leticia ni en Pasto. Todas las bases aéreas están en el centro del país. El nuestro es un ejército de contrainsurgencia.

Mendoza. En realidad, el problema que ha debido afrontar no es el de amenazas a la soberanía nacional, sino de orden público. Esa vocación la han creado las circunstancias.

Pizarro. Cierto. Pese a ello, el Ejército de Colombia tuvo a mi modo de ver un activo con Landazábal como ministro de Defensa, si no de simpatías hacia el proceso que abrió Betancur, al menos de neutralidad.

Mendoza. ¿Pero ahora?

Pizarro. Parece que hoy existe en las Fuerzas Armadas un gran escepticismo sobre la política de paz. No creo que haya en ellas mucha credibilidad en torno a un proyecto de apertura, debido en parte a los errores que hemos señalado atrás. La voluntad de encontrar una salida política al hecho insurreccional que por 35 años ha vivido el país, tiene que venir y ha debido venir ante todo de los grupos en armas. El Ejército está creyendo cada vez más que la única solución ya no es política sino militar. Eso tiene su explicación. Las Fuerzas Armadas no pueden cometer errores como el de Corinto.

Mendoza. Ataque dirigido contra tu hermano...

Pizarro. Aquel fue un combate con mi hermano, sí. Y concluyó con un relativo triunfo militar de la guerrilla. Pero tales triunfos generan a la larga una respuesta de las Fuerzas Armadas. Son pírricos. Generan resentimiento y humillación en las Fuerzas Armadas y la necesidad de dar una respuesta. Todo eso agrava el conflicto. Lo de Corinto, a corto plazo, suscita expectativas en los sectores que tienen simpatías por el M-19, pero a mediano plazo hace más difícil el camino de la paz.

Mendoza. ¿Qué piensas al respecto, Ramiro?

Lucio. Creo que en la actitud del Ejército tiene también una gran responsabilidad la clase dirigente colombiana, que siempre ha recurrido a él en momentos de conflicto social y lo ha puesto a jugar un papel que constitucionalmente no le correspondía. Ahora es una buena parte de esa clase dirigente la que, en voz baja o en voz alta, contribuye a una peligrosa polarización sosteniendo que la paz fracasó y que no queda sino una salida militar. De esta manera le hace el juego a las concepciones también de tipo militar que predominan en el M-19. Ejército, clase dirigente, clase política, gremios y también el M-19 parecen coincidir en dar por cancelada la única salida a esta situación, que es política y no armada.

Mendoza. ¿Cómo hacer para impedir esa polarización de alternativas que sería funesta?

Lucio. Es indispensable que salgan adelante las reformas políticas propuestas por el gobierno: elección popular de alcaldes, reforma electoral, estatuto de los partidos, estatuto de la información. La inserción de las FARC como movimiento político y los pasos concretos para modernizar el Estado y ampliar el espacio democrático del país son, en lo inmediato, el mejor antídoto contra una polarización que lo reduciría todo a un enfrentamiento armado, catastrófico para Colombia.

Pizarro. No hay por qué pensar que el próximo presidente, cualquiera que sea su signo político, va a destruir la labor iniciada por Betancur. Colombia no tiene una opción militar sino política. Colombia no puede tener una respuesta a la argentina, cuando en Argentina los generales que la propiciaron están hoy sometidos al escarnio público.

Tenemos que encontrar la vía de la democracia y la convivencia nacional. Y eso supone la voluntad política y no militar de la clase dirigente y de la guerrilla. Con sacrificios mutuos y generosidad mutua.

Mendoza. Los hechos recientes de Suba y los combates en el Valle, van en contra de esos anhelos...

Pizarro. No perdamos la memoria. Era más grave la situación en el mandato anterior. Recordemos el robo de 7.000 armas en el Cantón Norte, la toma de la embajada dominicana, los desembarcos en Chocó y Nariño, la toma de una capital intendencial, Mocoa, el asesinato del exministro Pardo Buelvas. La verdad es que Belisario desactivó una bomba de tiempo.

Lucio. Que algunos quieren reactivar nuevamente.

Mendoza. ¿Quiénes? ¿Cómo?

Lucio. ¿Quiénes? Las minorías de uno u otro lado interesadas en polarizar el proceso. ¿Cómo? Realizando actos sin mayor trascendencia mili-

tar como los de Suba, en busca de un impacto psicológico capaz de desestabilizar el proceso y de aprovechar la histeria de los sectores que nunca creyeron en él. Porque los escépticos de ayer son los histéricos de hoy.

Mendoza. ¿Qué hacer en lo inmediato para que la paz no naufrague?

Pizarro. Recordemos la experiencia de Venezuela. El proceso no se cumplió de modo automático. Siempre quedaron grupos maximalistas (tales como entre nosotros el Ricardo Franco o el Quintín Lame), interesados en torpedear los acuerdos. En lo inmediato lo importante es no hacerles el juego. Si los medios de comunicación dramatizan los hechos sin medir su alcance real, si voceros de las Fuerzas Militares como Lema Henao se valen de ellos para dar por canceladas las esperanzas de arreglo negociado y ven como un absoluto lo que es un escollo, si un partido como el liberal se aprovecha de estos incidentes y los traduce como fracaso de una política gubernamental a fin de obtener dividendos electorales, si los ultras de siempre los ven como signos de una gran oportunidad insurreccional, se le está haciendo el juego a la polarización y se pone el país al borde de una guerra civil, en la que no habrá vencedores. Es Colombia la que perderá.

Mendoza. ¿Cuál es la conclusión de ustedes?

Lucio. Si la violencia ha sido por acción o por omisión una responsabilidad de todos, la paz lo es también.

Esta entrevista se publica con autorización del periódico "El Tiempo" de Bogotá.